

Hacia una autodefinition de naturalismo

Towards a Self-Definition of Naturalism

Heraclio Corrales Pavía

Universidad de Málaga, España
heracliocorrales@uma.es

Resumen

El naturalismo es la tesis filosófica que sostiene los siguientes supuestos: el rechazo a lo sobrenatural y a lo trascendente; la aceptación de la ciencia como un conocimiento de alto valor epistémico, para algunos se trata del único conocimiento válido, y el rechazo a toda filosofía primera o *a priori*. El problema que se aborda es que *prima facie* parece problemático explicar las tesis del naturalismo sin violar alguno de sus supuestos. En el presente trabajo se mostrará que, partiendo del naturalismo liberal y de las nociones de construcción de nichos, así como de algunas tesis de la articulación del pensamiento a través del lenguaje, es posible definir el naturalismo sin acudir a premisas que violen su metodología.

Palabras claves: epistemología, metodología, construcción de nichos, ontología.

Abstract

Naturalism is the philosophical thesis that holds the following assumptions: the rejection of the supernatural and the transcendent; the acceptance of science as knowledge of high epistemic value, for some philosophers it is the only valid knowledge, and the rejection of all first or *a priori* philosophy. The problem addressed is that *prima facie* it seems problematic to explain the theses of naturalism without violating some of its assumptions. This paper will show that, starting from liberal naturalism and the notions of niche construction, as well as some theses of the articulation of thought through language, it is possible to define naturalism without defending premises that violate its methodology.

Keywords: epistemology, methodology, niche construction, ontology.



Received: 01/11/2022. Final version: 23/05/2023

eISSN 0719-4242 – © 2023 Instituto de Filosofía, Universidad de Valparaíso

This article is distributed under the terms of the

Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 Internacional License



CC BY-NC-ND

1. Introducción

El objetivo del presente trabajo es responder a la cuestión “¿puede el naturalismo dar cuentas de sí mismo?”. Lo difícil de la pregunta radica en lo que se ha venido a llamar “el problema de la localización”, esto es, dados los presupuestos del naturalismo, no está claro dónde situar los conceptos, valores y teorías que no tienen un correlato empírico directo. En efecto, si se rechaza la apelación a todo lo sobrenatural y se da un lugar preferido si no exclusivo (dependiendo del tipo de naturalismo) al conocimiento científico, entonces parece que no es fácil encontrar algo así como una definición naturalista del propio naturalismo.

El modo de proceder será, en primer lugar, mostrar con algo de detalle dónde radican los problemas que debemos resolver atendiendo a las nociones de naturalismo, imagen manifiesta, imagen científica, problema de localización y perspectiva de segunda persona, como son la posibilidad de juicios valorativos, creencias de segundo orden y las formas de modificar juicios usando creencias de segundo orden. Asimismo, se mostrará la tensión que existe entre naturalismos más fuertes y más débiles, presentando ambas posturas y situando nuestra propuesta en cierto punto intermedio entre lo que se conoce como naturalismo científico y el naturalismo liberal. La estrategia consistirá en aceptar la tesis de Macarthur según la que existen ciertas realidades que solo se pueden explicar desde una perspectiva de segunda persona para la que no se puede buscar un asiento ontológico en tercera, pero defendiendo que esta irreductibilidad solo se dé en el plano epistémico y no ontológico.

En lo que sigue de trabajo se tratará de mostrar cómo sí es posible establecer mecanismos estudiados por las ciencias naturales a través de los cuáles emerge la perspectiva de segunda persona. El enfoque que se utilizará es el de nicho ecológico, que mostrará cómo se generan presiones selectivas sobre la comprensión de estados mentales de otros y cómo es probable que este sea el origen del lenguaje. Por último, se mostrará que es posible dar cuentas del naturalismo explicando cómo a través de ciertas creencias articuladas por el lenguaje, i. e. las creencias de segundo orden, es posible establecer relaciones lógicas entre conceptos, así como definiciones de conceptos que no tienen un claro referente empírico. Se defenderá que con estas herramientas es posible dar una definición naturalista del naturalismo sin debilitar demasiado las tesis iniciales.

2. Presentación del problema

El naturalismo es una de las corrientes de la filosofía dominantes en la filosofía analítica. Dadas sus tesis sobre que no existe nada más allá de lo natural, es decir, nada sobrenatural, muchos filósofos como Putnam, Popper o Diéguez han señalado que la filosofía que debemos desarrollar ha de estar en continuidad con los resultados que se obtienen de la ciencia. Uno de los problemas que surge de aceptar esta tesis es el de cómo es posible, entonces, entender aquellos problemas relacionados con la localización de los enunciados normativos, las razones para la acción y estados mentales en el mundo, esto se entenderá de forma clara a continuación, pero

podemos señalar que la normatividad y los *qualia* no se pueden identificar como una entidad física más del mundo, i. e. no son explicables desde la ciencia empírica sin más. Es necesario que se entienda cómo el naturalismo puede resolver este punto para que pueda explicarse a sí mismo usando solo elementos naturalistas. En la presente sección, se mostrará dónde radica lo problemático de dar una caracterización del naturalismo desde sí mismo definiendo los conceptos que juegan un papel central en la caracterización de la propuesta.

2.1 ¿Qué es el naturalismo?

Antes de comenzar a definir las tesis centrales del naturalismo se ha de advertir que se trata de un concepto que ha sido entendido de muy diferentes formas por los diferentes filósofos. Dada su connotación positiva, muchos autores, como John McDowell, David Chalmers y Jennifer Hornsby, evitando la etiqueta de “supernaturalista”, han estirado los límites del concepto a fin de “naturalizar” de este modo su trabajo y sus pensamientos, esto es, han defendido una concepción amplia del naturalismo a fin de poder incluir su trabajo en esta corriente de pensamiento. Al mismo tiempo, han existido otros autores, como John Dewey, Ernest Nagel, Sidney Hook y Roy Wood Sellars, que han sostenido una concepción más estrecha de naturalismo, por lo que excluyen algunas tesis que los primeros incluirían (Papineau 2021, 1).

Sin embargo, es posible señalar tres tesis definitorias de este movimiento filosófico que, en un primer momento, son compartidas por todos. A saber, i) el rechazo a todo lo trascendente o apelación a lo sobrenatural; ii) la ciencia, por su objeto, métodos, valores y, en definitiva, valor epistémico alto, tiene un papel privilegiado que todo filósofo debería tener en cuenta en sus investigaciones, aunque, dependiendo del tipo de naturalismo, se postula como único conocimiento válido o compatible con otros conocimientos como el filosófico; iii) no es posible aceptar ninguna filosofía primera *a priori*, el naturalismo no es consistente con una comprensión de la realidad a partir de un supuesto primigenio que lo explique todo (Rouse 2015, 3). En lo que respecta a i), lo que se quiere decir con que no existe nada sobrenatural es que no hay nada que pueda transgredir las leyes de la naturaleza, nada que pueda alterar en modo alguno el curso de los acontecimientos que se desarrollan del modo previsto por las leyes que rigen el mundo (De Caro y Voltolini 2010, 78). Con ii), se señala que la ciencia debería tener un papel privilegiado en toda discusión del mundo: parece coherente con i), si nada de lo real sobrepasa las leyes de la naturaleza, parece que conocer tales leyes podría darnos buenas pistas si lo que queremos es estudiar lo que hay. Algunas versiones, como la conocida como “naturalismo científico”, señalan que es el único conocimiento válido, ya que no existe un lugar entre el objeto de la ciencia y lo sobrenatural en el que se pueda dar alguna versión más laxa de naturalismo (De Caro y Voltolini 2010, 69). Con iii) se evita dar una noción de naturaleza con carácter supraempírico, pero no necesariamente divino, tal y como el Ser de Parménides o el Nirvana budista (De Caro y Voltolini 2010, 74).

La polémica sobre qué es naturalismo y qué no depende en parte, por tanto, de si se acepta algún conocimiento que no sea científico, en caso de que no se acepte, qué ciencias son las asumibles como fuentes fiables, y qué hacer con entidades como las razones, la mente o los valores. Se han ensayado dos estrategias para solucionar este problema, una estrategia quietista y otra naturalista. La quietista consiste en señalar que la substancialización de esos enunciados normativos se debe a una mala conceptualización del mundo y que una correcta comprensión de la realidad física sencillamente disolverá el problema, mientras que la estrategia naturalista consiste en defender que son términos referenciales y que, por tanto, se puede obtener una respuesta. Existe una estrategia intermedia que consiste en usar ambas simultáneamente: la pragmatista (Macarthur 2008, 5).

Paralelamente, es posible distinguir dos tesis naturalistas, una de carácter ontológico, según la cual “todas las entidades espaciotemporales deben ser idénticas o metafísicamente constituidas por entidades físicas”, lo que lleva a muchos naturalistas ontológicos a una posición fiscalista en lo que se refiere al tipo de realidades que nos parecen intuitivamente problemáticas, a saber, que “no hay nada para los reinos mentales, biológicos y sociales más que arreglos de entidades físicas” (Papineau 2021, 2). Y otra de carácter metodológico, que consiste en entender la filosofía como una práctica que puede regirse por los mismos fines, métodos y desarrollos que la ciencia, además de trabajar en el marco conceptual ofrecido por la ciencia (Papineau 2021, 10).

Baste lo dicho como primera aproximación al naturalismo. Para comprender de modo adecuado en qué medida es problemático para el naturalismo dar una definición de sí mismo, debemos detenernos en el papel que ocupa la ciencia en la comprensión naturalista del mundo.

2.2 Imagen científica vs. imagen manifiesta

Se ha dicho en la sección anterior que existe un fuerte reconocimiento de la autoridad de la ciencia en la tradición naturalista. Sellars ha señalado que es posible hacer una distinción idealizada entre dos perspectivas filosóficas: la imagen manifiesta y la imagen científica. Cuando Sellars señala que se trata de una esquematización idealizada, se refiere a que, en la práctica, se dan fricciones, solapamientos en algunos puntos e hibridaciones, pero que es posible hacer, sin embargo, una distinción conceptual en la que se capten las dinámicas internas de ambos modos de proceder. Con el término “imagen”, se refiere a la posibilidad de representar al ser humano partiendo de unos puntos determinados y situar lo real en unas determinadas coordenadas a través de la imaginación (Sellars 2007, 373).

Sellars caracteriza la imagen manifiesta como aquella que se da de un modo intuitivo: el ser humano aparece aquí como un hombre-en-el-mundo, rodeado de cosas con las que se relaciona a través de su contacto directo y reflexión sobre lo aprehendido. La reflexión de este tipo se desarrolla sobre dos modos de proceder: empírico y categorial. Se trata del modo de

proceder de los grandes sistemas especulativos históricos y el modo de proceder que se espera de la actual filosofía continental (Sellars 2007, 375-6). Por el contrario, la imagen científica se caracteriza por la comprensión sofisticada del papel del ser humano en la naturaleza y por la subsunción de la comprensión humana, y del resto de lo que hay, en la conceptualización y categorías que da la Ciencia. Toma la perspectiva que nos da la ciencia como base para razonar, eliminando las intuiciones que se basan en la visión intuitiva que surge espontáneamente de la vida cotidiana (Sellars 2007, 386-387).

El propio Sellars nos advierte que no se trata de una contraposición de carácter simple entre “la ingenua” imagen manifiesta frente a la sofisticada y rigurosa imagen científica, sino que, más bien, la comprensión de las dos imágenes puede dar una visión “estereoscópica” sobre el ser humano. Es necesario comprender que la imagen científica es la más idealizada de las dos y que surge de una comprensión del ser humano y de la realidad que cuadra con la imagen manifiesta: no se trata de distinguir entre lo científico y lo anticientífico. Pero, a cambio, la imagen científica nos da la posibilidad de ampliar las miras sobre el mundo, pudiendo referirnos y postular realidades ocultas que, de otro modo, permanecerían invisibles (Sellars 2007, 274 y 287).

Ahora bien, Sellars sostiene que, de lograr esa visión estereoscópica sobre el mundo, quedará claro que existe cierta prioridad de la imagen científica sobre la manifiesta. En efecto, la imagen científica es capaz de explicar el ámbito en el que entendemos que ocurre nuestra vida, en el que interactuamos con interpretaciones, etcétera, mientras que este solo podrá dar cuentas de la existencia de la imagen científica. En efecto, Sellars señala que la epistemología no puede ser reemplazada sin más por la psicología empírica, como sí lo cree Quine, sino que esta podrá dar cuenta de que existe y por qué existe “el espacio de razones”, que se corresponde con la imagen manifiesta del mundo (Rouse 2015, 8).

En el presente trabajo se va a defender i) que no es posible reducir la imagen manifiesta a la imagen científica del mundo ni disolverla sin más desde el punto de vista epistemológico; y ii) que la imagen científica del mundo en efecto puede explicar la existencia de la imagen manifiesta, teniendo así prioridad sobre esta en la reflexión filosófica. No se trata de mostrar qué es condición *sine qua non* de qué: la imagen científica no ha existido desde siempre, mientras que la imagen manifiesta suponemos que se ha dado desde los albores de la humanidad, de modo más o menos tosco. En este trabajo se defenderá la prioridad de la imagen científica por su mayor extensión, por su capacidad integradora y por su carácter corrector de los posibles errores, sesgos e ilusiones que nos permite distinguir acerca de muchas cosas que se nos presentan como evidentes (la cuestión del yo, el papel del inconsciente, etcétera).

2.3 El problema de localización

Con respecto a la epistemología se dará prioridad a la imagen científica, pero, si se hace eso ¿qué papel ocupan los estados mentales, las normas y el significado simbólico? Este es

el problema de localización, i.e. lo relativo a lo mental nos parece que no cuadra de modo adecuado con la caracterización corriente de lo físico, ¿cómo deben entenderse las realidades que no son obviamente ostensibles espaciotemporalmente? El naturalismo puede aceptar que existen efectivamente hechos que son potencialmente irreducibles a una comprensión en tercera persona, más allá de señalar la mera existencia. Así, un naturalista puede asumir que efectivamente había algo que Mary no sabía (Jackson 1986) argumentando que no se trata de un hecho genuino, pero las razones, las normas y los valores tienen eficacia causal y dirigen la acción, sin tener un correlato físico evidente (Macarthur 1975, 3-4).

Ha de notarse que el problema viene de afirmar la prioridad de la imagen científica sobre la manifiesta: si partiéramos de la imagen manifiesta y le diéramos prioridad sobre la científica, podríamos tomar la existencia de normas como algo que percibimos sin más en nuestra vida y que se da en una dimensión social. La imagen manifiesta admite la existencia de lo que se percibe como existente en nuestra vida, por lo que no se ve forzada a admitir que la realidad se limita a lo que postula la física, la química o la biología. Es decir, no hay necesidad de reducir las acciones con significado a la ciencia positiva, sino que se puede admitir que las acciones con significado existen tal cual en tanto que se entienden así desde el punto de vista del agente. Se trata, con McDowell, de una imagen “parcialmente” encantada (*Partially enchanted*) de la realidad, que no está ni absolutamente desencantada como la científica, ni muy encantada como la del Medievo (Macarthur 1975, 12-13).

Si Macarthur tiene razón y se puede decir que los enunciados sobre el valor, las razones y el significado tienen las mismas relaciones sintácticas que el discurso científico, entonces queda claro que el problema sencillamente se disuelve: solo habría que adoptar un pluralismo ontológico (Macarthur 1975, 9-10). La cuestión, parece, sin embargo, que, incluso si se asume la tesis de Macarthur de que el valor, las razones y el significado solo pueden entenderse desde un punto de vista de segunda persona (Macarthur 2015, 32). Parece que es este un punto de vista epistemológico que deja abierta la cuestión sobre cuál es la sede ontológica de las realidades que no son directamente objeto de la ciencia, y que esto es, sin embargo, algo que se puede explicar desde la imagen científica a través de la correcta comprensión de los fenómenos que permiten la intencionalidad desde el punto de vista bio-psicológico junto con la noción de nicho ecológico.

Se desarrollará en la sección 3 una estrategia mixta: por un lado, se defenderá que el acceso al conocimiento del valor, las razones y el significado solo puede darse desde una perspectiva de segunda persona; por otro, que el hecho mismo de que podamos acceder a esas realidades con significado es algo que se puede explicar sin renunciar a una filosofía que parta del mejor conocimiento que tenemos: el conocimiento científico. Así, siguiendo el ilustrativo ejemplo de Macarthur, es cierto que si Dios se preguntase si tenemos razones para la acción debería adoptar una perspectiva de segunda persona (Macarthur 2015, 25), pero, habría que añadir, el mismo Dios que se hace esa pregunta sabría las causas bio-psicológicas en tercera persona de que seamos susceptibles de comprender tal significado.

2.4 El problema de la definición del naturalismo de sí mismo

Puede verse ahora cuál es el problema al que se hace frente: se quiere mostrar que es posible defender el naturalismo desde sí mismo, i. e. sin acudir a realidades que escapan al enfoque metodológico del naturalismo por ser sobrenaturales o por no tener un claro correlato físico evidente. Se trata de definir un naturalismo moderadamente fuerte que permita, por un lado, explicar la existencia de un espacio de razones de segunda persona a la luz de los resultados de la imagen científica, pero que, al mismo tiempo, admita que no es posible reducir las cuestiones de valor, razones y significado al mundo físico sin perder información en el proceso.

El problema, por tanto, es dar una concepción del naturalismo que permita sostener los puntos defendidos en 2.1 sin entrar en contradicción con los requisitos que vienen de suyo con el naturalismo. Se trata de defender un naturalismo que, por un lado, dé prioridad a la imagen científica del mundo, a fin de no admitir ninguna entidad sin asiento en el mundo físico; pero que, por otro, dé una respuesta convincente al problema de localización de los elementos simbólicos en general y de la definición en particular.

Para ello, la estrategia que se adoptará será mostrar el error de Macarthur al utilizar una tesis epistemológica para defender una tesis ontológica, defendiendo que es posible sostener la prioridad de la imagen científica si esta permite explicar en qué medida es posible explicar el espacio de razones como una realidad ontológicamente explicable desde la imagen científica, pero epistémicamente irreducible.

3. La perspectiva de segunda persona

Se adelantaba en la sección anterior que es posible hablar de una perspectiva de segunda persona, es decir, un modo de entender el valor, las razones y el significado que se base en la perspectiva de unos organismos con la posibilidad de una comprensión simbólica del medio físico que perciben. Dado que se trata de una perspectiva que solo puede adoptar cierto tipo de organismos desde su propio punto de vista, parece que es problemático tratar de seguir sosteniendo la prioridad de la imagen científica, pero parece que renunciar a esa prioridad debilitaría mucho al naturalismo. En la presente sección, se mostrará qué características tiene el naturalismo en el que se inscribe esta perspectiva originalmente y cuáles son sus ventajas con respecto al naturalismo científico; pero, en lugar de suscribir esta tesis tan debilitante, se tratará de compatibilizarla con la prioridad de la imagen científica.

3.1 El naturalismo liberal

El naturalismo liberal puede definirse como la tesis naturalista según la cual existen realidades de las que no puede dar cuenta la ciencia (de la naturaleza), pero que al mismo tiempo no pueden ser catalogadas como sobrenaturales. Entidades de este tipo son las personas, el arte o las acciones. La respuesta que se puede dar inmediatamente es que en realidad el arte,

digamos, una sinfonía, sí es estudiada por la física (en términos de ondas y de acústica, al menos) e incluso podría decirse que el efecto que produce en el espectador puede ser analizado por la psicología. Pero en realidad eso es no entender el punto del naturalismo liberal: lo que esta propuesta señala es que, si se compara la comprensión de la misma sinfonía desde las ciencias de la naturaleza y desde la imagen manifiesta, entonces se hace manifiesto que existe algo que se pierde. Más aún, cabría decir que se pierde lo esencial, pues, al comprender el arte, las personas o ciertos tipos de acciones, lo que resulta central no es el efecto que causa en términos estrictamente físicos, sino justamente la valoración que se lleva a cabo y que habría que situar en la imagen manifiesta (Macarthur 2015, 1-3).

Así, el naturalismo liberal defiende que, en este punto, el naturalismo científico ha llegado a un callejón sin salida por dar prioridad a la imagen científica, cuando habría que comprender que la imagen científica solo puede ser alcanzada si se da por supuesta la imagen manifiesta. En efecto, la imagen manifiesta está presupuesta en la imagen científica en la medida en que no se puede entender la práctica científica sin unas normas, unos valores epistémicos “casi morales”. Si en lugar de ver la ciencia como un conjunto de resultados se viera como una actividad, quedaría inmediatamente claro que la imagen manifiesta es irrenunciable (Macarthur 2019, 8-9). Utilizar esos resultados para decidir qué tipo de entidades tienen consistencia ontológica es imponer un lecho de Procusto a la realidad de un modo más bien arbitrario, ya que, según el naturalismo científico, solo puede aceptarse ontológicamente las cosas que sean reconocidas por la ciencia exitosa y solo puede darse por válido el entendimiento y el conocimiento que esté basado en la investigación científica. Pero el modo de proceder en la práctica científica da por sentada una serie de significaciones y atribuciones que no son propiamente científicas, como los valores de los que hablábamos (Macarthur 2019, 15) o el modo de entender el funcionamiento correcto de los artefactos que aparecen, como las sillas, cuyos requerimientos exceden los resultados que se puedan obtener de la imagen científica (Macarthur 2019, 37).

Los críticos han mostrado que el naturalismo liberal se enfrenta a un dilema: o bien todas las realidades tienen un sustrato físico al que son reducibles en el fondo y, por tanto, son objetos de la ciencia en última instancia, o bien el naturalismo liberal es “demasiado liberal” y por tanto perdería su carácter naturalista al abrir la puerta a entidades sobrenaturales. Pero ese dilema se basa en un supuesto que al naturalismo liberal le parece cuestionable: que no hay ningún espacio entre lo que puede ser objeto de la ciencia y lo sobrenatural, de modo que la propuesta que nos ocupa o bien trata de dar consistencia ontológica a entidades sobrenaturales o bien se confunde al decir que tales realidades no pueden ser comprendidas por la ciencia (De Caro y Voltolini 2010, 69-70). No obstante, un somero análisis nos permite comprender que existen buenas razones para afirmar la existencia de este espacio: las realidades de las que se habla no violan ninguna cadena causal establecida por las leyes físicas, por lo que en modo alguno se podría decir que trascendieran tales leyes situándose más allá de lo natural, i. e. la superveniencia no implica la sobrenaturalidad de la propiedad.

Pero ¿cómo entender estas realidades que no son sobrenaturales, pero tampoco analizables por la ciencia (sin perder información valiosa)? Es necesario encontrar para ellas un asiento ontológico. Macarthur ha señalado que deben entenderse como objetos captables desde la perspectiva de segunda persona, i.e. desde el punto de vista de un sujeto sensible a las consideraciones de significado. Las realidades tal y como se nos presentan son necesarias para poder desarrollar nuestra vida, no hay necesidad —dice Macarthur— de aceptar la problemática cuestión de hacer un “inventario completo de las cosas”: hay diferentes formas empíricamente equivalentes de describir un objeto y es perfectamente legítimo no tomar partido por el asiento real de ciertos objetos, como la cuestión de si los números realmente existen (Macarthur 2015, 31).

Parece que Macarthur da con un punto importante a la hora de entender los fenómenos que nos rodean y que damos por sentado en nuestra vida al realizar todo tipo de actividades. Sin embargo, las tesis de Macarthur renuncian demasiado rápido a la posibilidad de situar en el mundo la perspectiva de segunda persona. Macarthur tiene razón en que hay ciertas realidades que no se pueden entender en tercera persona, por lo que dejarían de ser objeto de la ciencia; pero eso es muy diferente a decir que debemos renunciar a explicar esa perspectiva en segunda persona. Si se consiguiera, formularíamos un naturalismo que i) dé prioridad a la imagen científica del mundo; y ii) sea capaz de encontrar un lugar en la ontología a las cuestiones de significado.

3.2 La imagen científica y el espacio de segunda persona

Nótese, antes de comenzar el argumento de esta sección, que se asume aquí que no parece posible una reducción de las realidades que se manifiestan en segunda persona a la tercera. Incluso si pudiéramos explicar todos los fenómenos en términos físicos (v.g., descripción de las posiciones de la materia, estado del cerebro, etcétera), consideraríamos que se pierde lo esencial en las realidades dotadas de significado. El objeto es mostrar que el espacio de segunda persona puede ser explicado desde la perspectiva de tercera persona propia de la imagen científica, de modo que, aunque la definición del naturalismo que buscamos se dé en el espacio señalado por Macarthur, este aparece como subconjunto de la imagen científica, con lo que habríamos dado con un camino del naturalismo (no debilitado) para definirse a sí mismo sin incurrir en contradicción.

Dado que, por el planteamiento desarrollado hasta aquí, se debe aceptar el compromiso de comenzar desde la perspectiva de tercera persona, parece acertado el punto de partida de Rouse del ser humano como organismo que actúa en un ambiente determinado (Rouse 2015, 347). Aunque las ideas que se desarrollarán siguen la pista del autor, parece tremendamente problemática la distinción entre entornos unidimensionales y bidimensionales, siendo los primeros los que se presentan de modo holista como demandantes de respuesta y los segundos los que son inteligibles por estar discursivamente articulados (Rouse 2015, 358-360), y esto por las dos razones que se verán a continuación.



La primera de ellas es que establece una frontera inquebrantable entre nuestro modo de comprender el mundo y el del resto de animales, cuando hay evidencias de que existen ciertos rasgos de otros animales que parecen ser indicios de que estos también otorgan significado selectivamente. Verbigracia, existe un caso documentado de un grupo de papiones (*Papio cynocephalus*) que debían atravesar un territorio dominado por otros papiones. Dada la conducta agresiva de estos animales, solo podían pasar hacia el vertedero los machos fuertes del grupo, que podrían plantar cara a los del otro; pero, se dio la circunstancia de que la carne que consumieron les causó una tuberculosis bovina fatal. Dado que el grupo se quedó libre de los miembros más violentos, permaneciendo solo con las hembras y los machos jóvenes, se transformó en un grupo inusitadamente sereno y pacífico, en el que no había conflictos de ningún género. Lo sorprendente, sin embargo, es que, durante décadas, los machos que migraban a este grupo adoptaban las costumbres pacíficas del grupo y se comportaban de acuerdo con las nuevas “normas del grupo” (de Waal 2005, 155-156), lo que podría indicar que una comprensión de cierta dimensión normativa en la realidad. Por supuesto, podría argumentarse que no hay una genuina comprensión, sino solo imitación para ser aceptados. Pero cambie también una interpretación diferente y, aunque tratar la cuestión excede los objetivos del trabajo, parece una razón para dudar de la división de Rouse. En segundo lugar, nos parece inadecuada una conceptualización en términos de “los seres humanos” y los que “no son seres humanos”, ya que las dicotomías no suelen ser muy interesantes desde un punto de vista científico cuando no están basadas en propiedades lógicamente independientes cuya disyunción, sin embargo, agota el dominio (Díez y Moulines 2020, 111).

Por tanto, dado que probablemente diferentes animales tienen diferentes formas de relacionarse con la realidad, es preferible no establecer ninguna clasificación que prejuzgue la cuestión en ninguna dirección. En lo que sigue se empleará el modelo de construcción de nichos en la comprensión del naturalismo (Rouse 2015, 360). La perspectiva de construcción de nichos es un modelo de la biología evolutiva que hace hincapié en la evolución conjunta y entrelazada entre el organismo y el entorno, de modo que las acciones del ser vivo repercuten en el entorno propio y de otros seres vivos, y eso acaba modificando las presiones selectivas a las que se enfrenta el organismo. Se refiere a las simetrías inherentes a las sucesivas modificaciones del entorno y a las del organismo a lo largo del tiempo (Laland y Sterelny 2006, 1751). Se trata de un modelo que insiste en que los biólogos estarían cometiendo un error si se limitaran a rastrear la evolución en los genes como único factor para tener en cuenta. Más bien, lo que se da en la evolución es el mantenimiento de lo que se han llamado recursos estables recurrentes de desarrollo (*reliably recurring developmental resources*) (Mameli 2001, 601), es decir, los factores que se mantienen por un período prolongado de tiempo a lo largo de las generaciones.

Los factores que pueden considerarse recursos estables recurrentes de desarrollo son de muchos tipos, pero se puede distinguir en un primer momento entre la herencia genética y la extragenética. La herencia extragenética, a su vez, puede subdividirse en tres grandes grupos: i) el entorno de los genes dentro de la célula; ii) el entorno exterior a la célula, pero del interior

del cuerpo; y iii) exterior al organismo (Mameli 2001, 601-602). Dado que no parece tener mucho sentido tratar de responder la cuestión sobre la definición del naturalismo mirando hacia la anatomía humana, es necesario explicar la relación entre los factores genéticos y los que se corresponden con el entorno exterior al organismo. Los fenómenos que parecen pertinentes para nuestros propósitos son al menos dos: los mecanismos psicológicos de herencia y los mecanismos sociales de herencia (Mameli 2001, 602-606).

Un caso especial de esta herencia basada en mecanismos psicológicos es la herencia basada en mecanismos sociales, i. e. en entornos donde la transmisión no solo se produce de modo vertical, sino también horizontal (transmisión entre individuos dentro de la misma sociedad) y oblicuo (entre individuos adultos y crías no descendientes), lo que permite una expansión más rápida (Mameli 2001, 605). Ahora bien, el entorno al que se ha enfrentado el linaje humano estaba caracterizado por ser marcadamente social, lo que puede ser el origen de que los humanos sean especialmente capaces de comprender las intenciones propias y la de los demás miembros del grupo. Los humanos infieren estados mentales de otros a partir de su conducta, lo que lleva a adoptar ciertas disposiciones y a modificar en cierta medida el carácter y las habilidades, como ejemplifica Mameli con el efecto Pigmalión (2001, 608-612).

Es decir, los seres humanos atribuyen significación que trasciende lo meramente visible por el organismo en términos físicos: un entorno en el que vemos intencionalidad en el prójimo es un entorno radicalmente diferente a otro en el que no se infiera nada parecido, entre otras razones porque aparece la posibilidad de modificar los estados mentales de otros organismos de modo favorable a uno mismo (Mameli 2001, 608). Del mismo modo que las presiones selectivas no son las mismas en un entorno en el que no solo hay eventos, sino estados mentales tras los eventos; una conceptualización, entendida como la clasificación de las entidades del mundo a partir de una serie de predicados que se corresponden con la intensión (Díez y Moulines 2020, 106-107) presenta un entorno diferente en el que el organismo debe desenvolverse. El hecho de que, ante conceptualizaciones diferentes, el entorno se percibe “como si” fuera diferente, nos da pistas del papel que ha tenido el concepto en nuestra historia evolutiva. En efecto, nuestro entendimiento es conceptual ya que todo nos aparece mediado por concepto de forma lingüística o implícita (v.g., en los instrumentos que se usan para ciertos fines) (Rouse 2015, 226-227).

La construcción de nichos permite, por tanto, comprender al ser humano como un ser sensible a interpretar un significado que se infiere desde sus propias capacidades. De esta manera se espera haber dado respuesta a algunos de los problemas, como la que se refiere al asiento ontológico de los significados y las normas; otras, en cambio, se disuelven, como si es posible que la imagen científica acabe reduciendo a sí misma los enunciados de significado y valor. No recibe una respuesta porque pasa a formar parte de una perspectiva diferente cuyo contenido no puede asumirse desde la otra. Necesitamos, tras esta primera aproximación, comprender con algo más de profundidad el papel del concepto en la selección de nichos para ver en qué sentido podemos entender la reflexión sobre el naturalismo de un modo naturalizado.

4. La explicación desde sí mismo

Se ha dicho que la perspectiva de segunda persona puede entenderse como un rasgo filogenéticamente desarrollado. Esto es fundamental para la argumentación: si hubiese una esfera de cosas que solo se dan en segunda persona y no puede entenderse ninguna relación de ese ámbito con el del mundo material, entonces habría que renunciar al propósito y admitir, con Macarthur, que no es posible encontrar asiento ontológico para las realidades que solo comparecen en segunda persona. Por suerte, es posible ofrecer una explicación de por qué es posible esta perspectiva que tome el punto de partida señalado por Rouse del ser humano como organismo. La estrategia consistirá en mostrar, por un lado, cómo es posible que se hayan desarrollado facultades humanas para captar la intención de las demás personas, y, por otro, mostrar cómo el lenguaje público que se ha desarrollado en este contexto puede servir para establecer las condiciones de posibilidad del naturalismo.

4.1 Un nicho en segunda persona

Se ha dicho que el marco teórico de construcción de nicho ecológico consiste en comprender al organismo que se estudia como un agente que modifica el entorno en el que desarrolla su vida, tanto el propio organismo, como posiblemente otros con los que comparte espacio. Es decir, los cambios que produce el organismo en el entorno en el que vive son fundamentales a la hora de comprender las presiones selectivas y las consiguientes adaptaciones que traen aparejadas. Esto implica que no todos los cambios que se producen en el individuo a lo largo del linaje son en el fondo genéticos, aunque sí es probable que, si los cambios se mantienen en el tiempo, acaben desarrollándose adaptaciones concretas en el nivel genético. Consideremos el caso del consumo de leche en edad adulta en nuestra especie. El hecho de que consumamos leche es algo que no viene impuesto por nada más allá que por las prácticas culturales que de hecho se dan, esto es, es algo que puede entenderse como una instancia de la construcción de nichos en el ser humano. Ahora bien, existen algunos genes, como el G6PD y el TNFSF5 que permiten digerir lactosa en edad adulta. La existencia de esos genes solo se puede explicar como un efecto de una presión selectiva que nuestra especie se ha impuesto a sí misma (Laland y Sterelny 2006, 1756).

El ejemplo de la tolerancia a la lactosa ejemplifica bien lo que se busca: un rasgo que tenga que ver con la comprensión de la intencionalidad de los demás que solo se pueda entender como el resultado de unas presiones selectivas introducidas por el propio ser humano. Pero es necesario algo más, que esa comprensión sea relevante en algún sentido para el aumento de la eficacia biológica. En efecto, es posible imaginar a un animal que asocie perfectamente ciertas acciones de otro individuo con un conjunto de eventos del mundo. Aunque puede ser problemático, muchos autores suelen ofrecer el ejemplo de los monos Vervet (*Chlorocebus pygerythrus*), que, al identificar un sonido concreto de alerta de un congénere se preparan para la amenaza de un animal concreto que se asocia a ese sonido (Mameli 2001, 598). Lo interesante de este ejemplo es que muchos autores creen que se trata de mecanismos concretos



que no implican la creencia de que los demás monos tienen estados mentales y que ese aviso puede cambiarlos¹. Tampoco implica la creencia de que el que emite la señal quiere modificar la conducta desde el punto de vista del receptor de la señal, es cierto que sería posible que en la mente de estos monos pudieran generarse juicios rudimentarios sobre la intención del congénere de informar, pero esto no es relevante en la medida en que ambos escenarios son *prima facie* indistinguibles el uno del otro, por lo que no está claro cómo la comprensión de la intencionalidad puede tener algún tipo de papel como presión selectiva. Esto es problemático para los intereses de este trabajo, pues puede suponer una objeción a la que sea preciso contestar.

La perspectiva que se sigue en este trabajo considera la interacción de factores biológicos y sociales a lo largo del linaje como algo fundamental en el desarrollo de la inteligencia, la comprensión de la intencionalidad propia y ajena, y la cognición. Se trata de la noción de nicho ecológico cognitivo, que se define como “el proceso por el que los animales construyen estructuras físicas que transforman problemas de espacio de modo que ayuda (o, a veces, impide) a pensar y a razonar sobre el dominio objetivo” (Bertolotti y Magnani 2017, 4763). La clave de este enfoque es que comprende la interacción de tres clases de entidades: genes, entorno y cultura (Bertolotti y Magnani 2017, 4766). Entendiendo por cultura el conjunto de aprendizaje social que se produce en el seno de una sociedad. Pero, de nuevo, no es suficiente con que se den estos fenómenos. Es en principio posible sostener que para que se produzca de hecho el aprendizaje, como de hecho se produce en otras especies animales, no es necesario que se dé una interpretación de los estados mentales que han producido esos objetos.

¿En qué medida podemos descubrir algo semejante en el desarrollo ontogenético? Una estrategia puede ser rastrear los mecanismos psicológicos a través de los cuales los niños pequeños en edades prelingüísticas puedan entrar en contacto con la intencionalidad y la normatividad de los adultos. La comprensión de las intenciones de los adultos a juzgar por su comportamiento es patente a partir del año, cuando los niños comienzan a utilizar técnicas para manipular la atención de los adultos y dirigirla hacia lo que ellos quieren. En un experimento con niños de 14 meses de Meltzoff, este ve cómo un adulto enciende una luz con su acción, y el niño le pide que lo vuelve a hacer, aunque, dada su situación, podría haberlo intentado él mismo. Esto parece implicar dos cosas: que entiende la intención del adulto y que usa un medio de entre otros que considera posible. En otro experimento se ve como niños de 18 meses imitan las acciones de un adulto incluso si estas no tienen éxito, sugiriendo así que conocen el sentido de la acción. Otro experimento muestra como niños de 16 meses muestran las conductas intencionales, pero no las accidentales, que ven en los adultos. También se

¹ Hay otras cuestiones problemáticas que tampoco deben preocuparnos en nuestros propósitos, como el difícil asunto de si tienen estados mentales o no. Lo que nos interesa, sin embargo, es que esto no supondría ninguna diferencia observable, por lo que es difícil ver cómo, en este caso, tendría algún papel el comprender los estados mentales de los demás.

ha comprobado, en un estudio con 64 sujetos experimentales (50% niñas), que los niños con solo 5 meses son capaces distinguir las preferencias de los agentes (Metzoff 1988; Meltzoff 1995; Tomasello 2000; Choi, Luo y Baillargeon, 2022).

Esto es interesante porque muestra que los niños desde una edad muy temprana son capaces de identificar los estados mentales de otros, lo que, si se considera junto con el hecho de que los chimpancés (*Pan troglodytes*) jóvenes no comprenden tan bien los estados mentales de los demás, parece indicar que eso es un mecanismo biológico que permite el desarrollo del niño en un mundo imbuido de significado y de otros estados mentales. Además, la comprensión de esos estados mentales posibilita la captación de los objetivos perseguidos con las acciones (que, de otro modo, serían invisibles) y no limitarse a copiar la conducta, sino también la estrategia empleada (incluso si no resulta exitosa). Pero hay un segundo factor que nos parece fundamental: el comprender los estados mentales de otros tiene un papel fundamental a la hora de adquirir el lenguaje, a juzgar por las dificultades que presentan para adquirirlo los niños con autismo, siendo en algunos casos imposible (Tomasello 2000).

Así, vivimos en un entorno en el que la posibilidad de dirigir la atención y comprender los intereses de los demás son factores relevantes. Somos animales que, desde muy temprana edad, somos capaces de atribuir intenciones y estados de ánimo a los demás. Dicho de otro modo, la realidad se nos presenta no solo como un ámbito de “cosas materiales” que entran en contacto con nuestros sentidos, sino que vemos en las acciones de los demás y en el resultado de estas una intención de otras personas.

Quizás se deban hacer algunas puntualizaciones sobre la normatividad. Esta solo se entiende como parte de este nicho en segunda persona y, por supuesto, tiene que ver con reglas manifestadas explícita o implícitamente a partir de las cuales actuamos o al menos tenemos en cuenta para la acción. Es pertinente señalar que los niños son capaces, desde una edad muy temprana, de comprender la diferencia entre reglas convencionales y reglas morales, de lo que se sigue que deben de existir mecanismos a partir de los cuales se postulan intereses a los congéneres que impidan hacerles daño (Tomasello 2019, 255). De acuerdo con lo dicho, el hecho de que los niños en estadio prelingüístico puedan distinguir el bien del mal (Bloom 2013, 18-19) es indicio de que las normas sociales han formado parte del nicho ecológico durante nuestra historia evolutiva.

Todo esto hace pensar que el hecho de comprender el significado de ciertas acciones o de ciertos objetos que resultan de la acción es algo que dista mucho de ser sobrenatural o de no tener un asiento ontológico claro. Dado el carácter social de nuestra especie a partir del que se da el entorno en el que vivimos, no es de extrañar que seamos capaces de comprender el significado de los objetos que se nos presentan. La sede ontológica del significado, el valor y el sentido es el conjunto de capacidades que hemos adquirido en un proceso evolutivo en el que nuestra especie se ha impuesto a sí misma una serie de presiones que tienen que ver con ser capaces de leer la intencionalidad que hay detrás de ciertas acciones y objetos.

Pero esto no es suficiente. Si bien se ha solucionado parte de la cuestión que planteaba Macarthur, parece que hay algo sustantivamente diferente en una teoría con supuestos de segundo orden como es el naturalismo. No solo se trata de que el sentido estético o la capacidad para valorar las intenciones de otros esté en nuestra dotación biológica, sino que deben darse los medios para que pueda aparecer un pensamiento articulado en el que se evalúan y se confrontan ideas, creencias y deseos. Es necesario que se preste atención a las condiciones de posibilidad del naturalismo, para ello, se defenderá en la siguiente sección que el lenguaje público, cuando se usa en el pensamiento, permite explicar todos los requisitos que se deben dar para comprender el naturalismo sin acudir a un pluralismo ontológico sospechoso.

4.2 Conceptos, lenguaje y creencias

Hasta ahora se ha defendido que es posible entender los elementos de lo que Macarthur llamaba perspectiva en segunda persona desde la perspectiva de construcción de nichos. Es decir, argumentando que es posible defender que las cuestiones de sentido y de significado pueden explicarse como el fruto de un determinado proceso evolutivo que se da en nuestra especie. El objetivo de esto es mostrar que es posible comprender desde la imagen científica todos los fenómenos que se dan en la imagen manifiesta, sean los de valor, los de sentido o la normatividad. Lo que se trata de mostrar es que todas estas cuestiones de corte intersubjetivo cuyo contenido no puede explicarse científicamente se engloban en una capacidad humana que sí puede ser explicada desde el conocimiento científico. En la medida en que el naturalismo, tal y como se ha presentado, es una reflexión con muchas afirmaciones de segundo orden, i. e. una reflexión sobre cómo deberían valorarse otras ideas, reflexiones, deseos, etcétera, es necesario que tengamos herramientas cognitivas para poder explicar cómo el naturalismo puede explicarse a sí mismo.

Ahora bien, el hecho de decir que somos capaces de entender las intenciones que subyacen a acciones y a resultados de acciones de otros no deja claro cómo eso se relaciona con la justificación del naturalismo que puede darse desde la propia teoría. Los dos siguientes pasos en la argumentación convergen hacia el establecimiento de las condiciones de posibilidad de la definición de naturalismo que aquí se ofrece. El primero atiende a la dimensión interna del conocimiento, mostrando cómo la articulación de los conceptos abstractos necesariamente depende del lenguaje público y por tanto es una aplicación de un elemento simbólico que se ha obtenido como se ha señalado en el punto 4.1. El segundo, al conjunto de elementos externos a la actividad de científicos y filósofos que, sin embargo, están dotados de sentido (como es el caso de artefactos tales como las sillas).

Es necesario mostrar qué papel tiene el lenguaje público en la formación de creencias y pensamientos. Lo primero que debemos notar es que un concepto es un conjunto de predicados llamado intensión que, de aplicarse a un objeto, pasa a formar parte del conjunto de elementos de los que se predica la intensión. Esto tiene un componente normativo, en la medida en que hay un conjunto de reglas que constituyen “la buena aplicación” del concepto

y que son susceptibles de ser violadas. Paralelamente, existe al menos una expresión lingüística que se refiere al concepto. Nótese que es posible que dos expresiones se refieran al mismo concepto (Vg. gafas y anteojos) y que una expresión lingüística no remita a concepto alguno, como es el caso de las preposiciones (Díez y Moulines 2020, cap. 4). Por tanto, un concepto es distinguible del término que lo remite, así que debemos profundizar más si queremos entender el papel del lenguaje público en la articulación del naturalismo.

Por supuesto, si sostuviéramos una posición más parecida a la de Davidson, podríamos cerrar ya el argumento, aunque tuviéramos que establecer algunos mecanismos conceptuales más. Supongamos que nos parece que un perro “cree” que su amo está en la puerta, ¿cree realmente el perro que su amo está en la puerta? Davidson diría que no, ya que, si es dudoso que el perro cree eso, de lo que no cabe ninguna duda es que el perro no puede creer ni dejar de creer que el director del banco está en la puerta. Dado que las creencias se dan en un contexto intensional, para que el perro crea que *p* tiene que conocer alguna descripción de que *p*, y para eso hace falta lenguaje. Por tanto, se trata de algo que no podemos adjudicar a un perro ni a ninguna criatura no lingüística. Lo que cabe dudar en esta situación es si realmente se trata de un contexto opaco referencialmente; más bien parece que el amo es referencialmente transparente para el perro y que la condición de Davidson es demasiado exigente (Glock 2000, 40-41).

La discusión sobre si se pueden asignar conceptos y creencias a seres no-lingüísticos es larga y llena de matices, y excedería los objetivos del presente trabajo entrar en ella de forma detallada, baste concluir dos cosas de lo dicho: 1) que la conceptualización considerada por sí misma es lógicamente separable del lenguaje (aunque referirse a un concepto necesariamente requiere usar el término asociado); y 2) que es posible rastrear conceptos implícitos en acciones de animales. Toca ahora ver en qué puntos concretos *sí* es necesario el uso del lenguaje simbólico a la hora de articular conceptualmente o interpretar cuestiones de significado.

Andy Clark señala seis formas fundamentales sobre el papel del lenguaje como herramienta cognitiva, i. e. como modo de utilizar el lenguaje mentalmente para obtener resultados que no podríamos obtener de otro modo. Algunas de esas funciones tienen que ver con el control y la relación de datos o la esquematización del ambiente, pero no nos parece que estas funciones, consideradas por sí mismas, sean exclusivas del lenguaje. Consideremos el caso de los monos Vervet de los que hemos hablado arriba: son capaces de simplificar la realidad “etiquetando” depredadores con símbolos simples, es posible una referencia simplificada a la realidad sin que, sin embargo, haya lenguaje, por lo que pareciera que no todas las operaciones cognitivas de Clark tienen como condición necesaria el uso del lenguaje (Bermúdez 2003, 151 y 156-157).

No parece, por tanto, que el lenguaje nos permita usar un tipo de operación cognoscitiva sustancialmente diferente a los animales (más allá de la diferencia de grado), sino que permite desarrollos cognitivos de orden superior. Entendemos por pensamientos de segundo orden a aquel tipo de pensamiento que tiene por objeto, a su vez, otro pensamiento. La cuestión es

que, cuando pensamos sobre lo que a su vez es un pensamiento, estamos regulando y controlando (*policing*) nuestros pensamientos, pero nuestros pensamientos de segundo orden, acudiendo por esta vez a la fenomenología *siempre* están mediados por los símbolos complejos del lenguaje natural. No es posible pensar sobre nuestros propios pensamientos y, por tanto, contraponer modelos mentales si no es a través del lenguaje natural (Bermúdez 2003, 159-161).

Esto es fundamental a la hora de establecer la posibilidad de revisar creencias, evaluarlas críticamente. Pero, para comprender esto, es necesario establecer al menos una distinción más: la modificación de la conducta y la modificación de la creencia. En efecto, si nos detenemos brevemente en el caso del perro de Pávlov, vemos que, con el condicionamiento clásico se da una modificación de la conducta quedando todas las creencias del animal intactas. Se ha dado una modificación de la conducta sin que eso lleve aparejado ningún cambio en ninguna creencia sobre las causas y los efectos de las acciones que se representan en el mundo. Pero es necesario que se ofrezca una distinción más si queremos entender qué papel juega el lenguaje (Bermúdez 2003, 166-167).

Esta distinción tiene que ver con el modo en el que nuestras creencias se corrigen o se sustituyen. Consideremos el ejemplo de una rata que descubre que, accione o no una determinada palanca, va a recibir un premio en forma de comida. Al descubrir esto deja de accionar el mecanismo. Diríamos que se ha producido una corrección de una creencia que la rata tenía, pero, de nuevo, nos parece que no ha sido necesario el lenguaje para que se produzca ningún cambio en la creencia en este caso. Se trata de una *modificación doxástica directa*. Pero hay un tipo de revisión de creencias que sí implica el uso del lenguaje, que es la que se ha venido a llamar “modificación doxástica reflexiva”. Lo que caracteriza a este tipo de revisión de creencias es que no se basa, a diferencia del otro caso, en la constatación de que los mecanismos causales que considerábamos verdaderos no son el caso, sino en la comprensión de que algunas de nuestras creencias no son consistentes y que, por tanto, una debe ser abandonada. Aquí entran en juego otra serie de interesantes elementos valorativos que nos permiten contraponer creencias que nos parecen irrenunciables con las que sí nos parecen susceptibles de revisión, ya que algunas creencias nos parecen más sólidas que otras (Bermúdez 2003, 168-170).

Lo que interesa de las creencias de segundo orden para la cuestión son, en esencia, tres cosas. La primera de ellas es que abre la posibilidad de que las creencias propias y las ajenas sean objetos de otras creencias, lo que permite no solo discutir hechos del mundo, sino juicios sobre hechos del mundo, lo que tiene que ver con el nicho en segunda persona del que se ha hablado en la sección 4.1. En segundo lugar, que el modo de darse de esas creencias tiene como condición necesaria el lenguaje, cuyo origen debido a las presiones selectivas impuestas: i) no introduce ningún elemento del que no se pueda dar cuentas desde el naturalismo; y ii) da cohesión a la idea de nicho en segunda persona en la medida en que establece conexiones entre el lenguaje y los estados mentales de otros y entre nuestra cognición y los símbolos que Macarthur consideraba irreducibles a la perspectiva de tercera persona. Por último, permite

establecer un sistema de evaluación de creencias propias y ajenas que solo es accesible a través de símbolos, lo que dota a la perspectiva de segunda persona de mecanismos lógicos de corrección.

Sobre este punto deben hacerse dos notas: en primer lugar, el hecho de que tengamos deseos sobre creencias no implica que tengamos la posibilidad, a través del lenguaje o de otros medios, de modificar nuestras creencias. Por mucho que lo intentáramos, nunca llegaríamos a creer que dos más dos no son cuatro, sino cinco. La única forma que tenemos de modificar nuestras creencias es indirecta y consiste en exponernos a buenos argumentos a favor de la postura contraria y a críticas hacia nuestra postura. Esto, dicho sea de paso, es una sana actitud que sirve para aislar sesgos como el de confirmación que introducen las creencias desiderativas (Bordes Solanas 2021, cap. 1). En segundo lugar, constituye la estructura que: i) permite articular el naturalismo en la perspectiva de segunda persona; y ii) muestra cómo se puede dar cuenta de la segunda persona desde la tercera.

Lo último que se señala tiene que ver con la objeción de Macarthur a la prioridad de la imagen científica sobre la manifiesta relacionada con que los propios científicos trabajan desde la imagen manifiesta. Si bien es cierto que la imagen manifiesta es irrenunciable desde el punto de vista de la práctica, es posible explicar desde la imagen científica, por qué los seres humanos en general y los científicos (y filósofos) en particular son capaces de dotar de sentido, valor y significado a las cosas del mundo. La imagen manifiesta es el resultado de una serie de frutos de la evolución que puede explicarse como la convergencia de creencias, creencias sobre los estados mentales de otros, asignación de significado, aplicación del lenguaje a nuestros procesos mentales, etcétera. No hay nada, *pace* Macarthur, para lo que no se pueda encontrar asiento ontológico desde una perspectiva de tercera persona, sea directa o indirectamente; aunque nos parece que, desde el punto de vista epistémico, la perspectiva de segunda persona tal y como la plantea Macarthur es irrenunciable.

5. Conclusión

La definición del naturalismo desde sí mismo no es posible desde una perspectiva de tercera persona tal y como puede estudiarse desde las ciencias naturales, sino que es necesario introducir la noción de perspectiva de segunda persona en el sentido de Macarthur. Sin embargo, dado que esto debilita en exceso la tesis naturalista al introducir elementos sin un claro asiento ontológico, se ha tratado de ofrecer una explicación naturalista del origen de los elementos necesarios para que exista la perspectiva en segunda persona incluso si esta no puede reducirse en todas sus dimensiones a la tercera. Para ello se ha usado el enfoque del nicho ecológico, a fin de introducir los elementos necesarios para comprender los estados mentales de otros y por consiguiente el sentido de las acciones de los demás. Ha sido necesario mostrar el papel del lenguaje asumiendo una tesis intermedia entre el lingualismo de Davidson



y la tesis contraria del mentalismo, centrándonos en su papel constitutivo en las creencias de segundo orden. Con estos elementos es posible localizar ontológicamente la definición de naturalismo, ofreciendo una posible respuesta al problema de localización.

Se puede concluir, de todo lo dicho, que el naturalismo puede definirse a sí mismo sin introducir ningún supuesto no-naturalista como una teoría con elementos de primer y de segundo orden que se da en perspectiva de segunda persona, y que esta perspectiva de segunda persona se explica completa y solamente a través de la evolución de nuestras capacidades a lo largo de nuestro linaje por presiones selectivas producidas en el seno de un nicho ecológico construido por la vida en sociedad.

Referencias bibliográficas

- Bermúdez, J. L. (2003). *Thinking without Words*. Nueva York: Oxford University Press.
- Bertolotti, T., Magnani, L (2017). Theoretical considerations on cognitive niche construction, *Synthese*, 194(12), 4758-4779.
- Bloom, P. (2013). *Just Babies, the Origins of Good and Evil*. New York: Brodway Books,.
- Bordes Solanas, M. (2021). *Las trampas de Circe: falacias lógicas y argumentación informal*. Madrid: Cátedra.
- Choi, Y., Yuyan L., Baillargeon, R. (2022). Can 5-month-old infants consider the perspective of a novel eyeless agent? New evidence for early mentalistic reasoning. *Child Development*, 93(2), 571-581.
- De Caro, M., Voltolini, A.(2010). Is Liberal Naturalism Possible? En Mario De Caro y David Macarthur (Eds.), *Naturalism and Normativity*, pp. 69-86. Columbia: Columbia University Press.
- de Waal, Frans (2005). *El mono que llevamos dentro*. Barcelona: Tusquets.
- Díez, J. A., Moulines, C. U. (2020). *Fundamentos de filosofía de la ciencia*. Barcelona: Ariel.
- Glock, H. (2000). Animals, Thoughts and Concepts. *Synthese*, 123(1), 35-64.
- Jackson, F. (1986). What Mary didn't Know.» *Journal of Philosophy*, 83(5), 291-295.
- Laland, K., Sterelny, K. (2006). Perspective: Seven Reasons (not) to Neglect Niche Construction. *Evolution*, 60(9), 1751-1762.
- Macarthur, D. (2015). Liberal Naturalism and Second-Personal Space: a Neo-Pragmatism Response to "The Natural Origins of Content". *Philosophia*, 43(3), 565-578.
- Macarthur, D. (2019). Liberal Naturalism and the Scientific Image of the World. *Inquiry: An Interdisciplinary Journal of Philosophy*, 62(5), 565-585.
- Macarthur, D. (2015). Liberal Naturalism, Ordinary Things and the Importance of Second-Personal Space. En J. S. Carmo (Ed.), *A Companion to Naturalism*, pp. 19-29. Pelotas: Dissertatio's Series of Philosophy.



- Macarthur, D. (1975). Naturalizing the Human or Humanizing Nature: Science, Nature and the Supernatural. *Erkenntnis*, 61(1), 29-51.
- Macarthur, D. (2008). Pragmatism, Metaphysical Quietism & the Problem of Normativity. *Philosophical Topics*, 36(1), 193-209.
- Mameli, M. (2001). Mindreading, Mindshaping, and Evolution. *Biology and Philosophy*, 16, 597-628.
- Meltzoff, A. (1995). Understanding the intentions of others: Re-enactment of intended acts by 18-month-old children. *Developmental Psychology*, 31(5), 838-850.
- Metzoff, A. (1988). Infant Imitation and Memory: Nine-month olds in immediate and deferred tests. *Child Development*, 59(1), 217-225.
- Papineau, D. (2021). Naturalism. *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/entries/naturalism/>
- Rouse, J. (2015). *Articulating the World. Conceptual Understanding and the Scientific Image*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Sellars, W. (2007). In the Space of Reasons. Selected Essays of Wilfrid Sellars. En Kevin Scharp y Robert B. Brandom (Eds.), *In the Space of Reasons*, pp. 369-409. London: Harvard University Press.
- Tomasello, M. (2019). *Becoming Human: A Theory of Ontogeny*. Cambridge: Harvard University Press.
- Tomasello, M. (2000). Culture and Cognitive Development. *Current Directions in Psychological Science*, 9(2), 37-40.